

Filosofía y educación

Jorge Muñoz Batista †¹

Más allá de los hechos reales y cotidianos que configuran el fenómeno educativo, se descubre con facilidad el problema de la finalidad o del deber-ser de la educación. El qué y el para qué de la educación no pueden tener respuesta en el orden empírico. Se requiere la aportación del pensamiento reflexivo y de la indagación razonada para asegurar la obtención de la misma. Ambos procedimientos son los habituales de la filosofía. El proceso educativo se desarrolla siempre con vistas a, esto es, en función de algo que todavía no es, sino que será.

Su proyección a futuro es de rigor, como lo prueban expresiones como éstas: a las futuras generaciones, formar a los ciudadanos del porvenir, preparar el porvenir de la patria, y otras muchas. Las implicaciones de las mismas permiten concluir sin más preámbulos en que el problema del fin de la educación es de índole filosófica. Y juntamente con el problema del fin se da la no menos importante cuestión de los valores a promover a través de la educación.

El problema pedagógico es el problema central de toda meditación filosófica sobre el hombre, dice Hubert. Una filosofía de la educación posee la finalidad de descubrir y de mostrar progresivamente al niño, el ser que está llamado a devenir.² Toda pedagogía es corolario natural de una determinada posición filosófica; cualquier filosofía, si se trata efectivamente de una cosmovisión, tiene que proponer un determinado tipo de hombre y de ciudadano con tales o cuales características, excelencias y valores.

La interpretación filosófica de los fenómenos educativos se hace al relacionar los conceptos pedagógicos fundamentales de cualquier sistema educativo con los principios de la propia filosofía. Pero es válido también, para llegar al mismo resultado, considerar algunos problemas filosóficos que guardan, de necesidad, relación estrecha con la educación. Tales, por ejemplo, son la concepción del hombre y de la vida. Problemas a considerar tanto desde el punto de vista de la esencia como de la existencia; en otros términos, desde un enfoque metafísico como desde el enfoque histórico. El que por una cierta moda se insista mucho en el segundo, no invalida por ningún concepto el primero.

¹ Este texto apareció por primera vez en el volumen XV de *LOGOS*, publicado en 1984.

² Cfr. Rene Hubert, *Tratado de Pedagogía General*, trad. Juana Castro, (Buenos Aires: Librería El Ateneo, 1970).

Aun cuando la filosofía se vea precisada a tomar su punto de partida en la experiencia, y utilice los datos que le proporcionan las ciencias experimentales, no es menos cierto que su recurso al método deductivo es predominante. Y esto también cuando pretende vincularse con cualquiera de los campos científicos, incluidos los de las ciencias sociales. En el campo educativo y tratándose de lo que a partir de aquí llamaremos Filosofía de la Educación, la base del razonamiento deductivo la constituyen las definiciones de los conceptos básicos de la educación. Así pues la explicación filosófica de los fenómenos educativos consistirá en relacionar los conceptos pedagógicos fundamentales con los principios de una filosofía determinada.

García Hoz³ destaca tres problemas concretos: la concepción del hombre y el sentido de la vida, que son esencialmente problemas filosóficos que interesan a la educación tanto desde el punto de vista de la esencia como de la existencia: ambos enfoques son filosóficos, uno metafísico y el otro histórico. El tercer problema es el de la perfección o excelencia, también de raíces metafísicas, aun cuando encaje de lleno dentro de las concepciones pedagógicas más modernas. Creemos, de nuestra parte, que es legítimo y posible vincular este último problema con el tema del valor.

Lo que no es admisible desde ningún punto de vista es desvincular la educación de la filosofía. Hacerlo sería tanto como arrancar de cuajo lo que debe ser sustento, razón y significado de cualquier labor educativa. Y en la práctica, el mayor inconveniente resulta de que siendo en realidad imposible ese rompimiento, lo que ocurre es que se estructuran a la ligera las bases filosóficas de los sistemas educativos y, además, asumen la tarea de filosofar quienes en la mayoría de las ocasiones no están capacitados para hacerlo de una manera profesional. Esto ocurre frecuentemente tratándose de la investigación educativa. Es estimulante el auge que ha cobrado ésta, como lo muestran la proliferación de instituciones dedicadas a estas tareas. No se podría negar el enorme interés que ha suscitado el estudio de los problemas educativos. En nuestros países se les ha venido analizando, supuestamente a fondo, y con metodologías interdisciplinarias. Sociólogos y Economistas han encabezado este esfuerzo y no podría regateárseles el mérito. Desafortunadamente, de la mayoría de las instituciones y proyectos de investigación desarrollados, se ha eliminado la contribución de la filosofía. Las razones son varias, pero se diría que prevalece el divorcio entre ciencias filosóficas y sociales por la vana y efímera pretensión de estas últimas de asumir las funciones de la especulación filosófica. Lo que ha ocurrido en rigor es que la reflexión filosófica ha sido sustituida por un compuesto híbrido de ideología

³ Víctor García Hoz, *Principios de Pedagogía Sistemática*, (Madrid: Rialp, 7ª. ed., 1960), pp. 54-55.

y sociologismo, con lo que no se logra al final de cuentas brindar apoyo sólido a ninguna proposición pedagógica.

Aquí no valen posiciones ambiguas, como no vale la indefinición sobre quien es sujeto y objeto de la educación. Tampoco es válida la suspensión del juicio ni las hipótesis provisionales. Ni se pueden verdaderamente asegurar resultados, prescindiendo de adoptar una postura clara sobre la naturaleza humana y sobre las distintas dimensiones del hombre. El rechazo o la abstención de una definición filosófica del hombre, hace desembocar en soluciones ambiguas, o detiene todo el esfuerzo en aspectos meramente secundarios.

Ya se podrá insistir en las condiciones socioeconómicas reprobables en las que se debaten las clases populares de nuestras sociedades, y en los factores políticos y económicos que las mantienen en el retraso y en la marginación. No habrá de ser posible su liberación auténtica mientras no se implemente una pedagogía cimentada en el pleno reconocimiento de la persona humana, de sus derechos inalienables y de todas y cada una de sus dimensiones. Porque el hombre no es sólo un productor o un consumidor, ni un animal social y político, sino ante todo una persona inteligente y libre llamada a proyectarse, desarrollando al máximo todas y cada una de sus facultades comenzando por la de su espíritu. Leif advierte:

No es posible la educación sin filosofía, y dos vías se perfilan con claridad si hablamos de la influencia que la filosofía puede y debe ejercer sobre la educación, hoy. Por una parte, la filosofía tiene forzosamente que mostrar a la educación sus opciones fundamentales. En ellas se descubre la inspiración de toda acción educativa, esto es, la concepción y la formulación de sus fines.⁴

Además de los fines específicos, la reflexión filosófica tiene también que encarar la cuestión de los medios más adecuados para precisar y alcanzar los fines propuestos, analizando la naturaleza, la elaboración y el empleo de los métodos.

De suerte que el problema de la educación implica, por una parte, la meditación filosófica sobre el hombre y su destino, considerados en su doble dimensión individual y social; y por otra en la justificación, unidad, congruencia y eficacia de los métodos de la acción educativa.

Leif hace ver que con referencia a los fines, desde el más remoto pasado hasta nuestros días y en formas por demás diversas, han predominado dos grandes opciones: la integración del individuo a la sociedad, o la cultura individual de la persona. La primera apunta, o bien a un estado social actual, o bien a una sociedad futura. La segunda opción se vincula con o se deriva de

⁴ Joseph Leif, *Inspirations et tendances nouvelles de l'éducation*, (París: Ed. Delagrave, 1967). p. 69.

una concepción del hombre en general, siempre idealizado respecto a su naturaleza real. Así la acción educativa ha oscilado siempre entre las dos formas extremas de una total socialización o de un humanismo integral. Pero, añade, estas dos opciones fundamentales, sociedad e individuo, se diversifican a su vez y se complican sensiblemente según el momento, las necesidades, los enfoques singulares y los valores que proponen. Para la sociedad, la educación puede formar ciudadanos, soldados, técnicos, etc. Al individuo se le puede proponer la salvación, el logro personal, la ciencia, la acción, la cultura o la búsqueda de un comportamiento equilibrado.⁵

Es obvio también que ante las frecuentes alternativas a que se enfrenta la opción y la definición de los fines de la educación, a la filosofía corresponde, además de elucidar problemas, aclarar las antinomias existentes en la raíz misma del acto de educar. Las oposiciones que ciertamente abundan, conciernen a los métodos de enseñanza; libertad o condicionamiento, dirección o espontaneidad. Pero más a menudo conciernen a las condiciones generales de toda educación: individuo y grupo, naturaleza y sociedad, naturaleza universal e individual de cada quien, determinismo e ideal, etc. Plantear los términos de esas antinomias, y si no resolverlas al menos dominarlas por el análisis es, sin duda, tarea filosófica.

La filosofía en sus relaciones con la educación es también en gran parte cuestión de método. Tiene que responder a una exigencia de congruencia. Por otra parte, es fundamento ineludible de cualquier síntesis y asegura unidad en la investigación proponiendo principios rectores y estructuras organizativas. Descubre la unidad y las indispensables vinculaciones entre los datos dispares proporcionados por las diversas disciplinas que analizan desde enfoques particulares al fenómeno educativo. Y al sistematizar de esta suerte los conocimientos, al elaborar los principios y las finalidades, sólo ella es capaz de asegurar conclusiones que coronen el esfuerzo de la investigación educativa. Como lo han afirmado Levêque y Best sólo con la contribución de la filosofía se puede concluir que es “un saber ordenado, un conjunto estructurado y totalizante”.

El empleo que hacen de la filosofía muchos investigadores de la educación se limita sólo a dar cauce a la inquietud filosófica que es connatural a todo hombre, pero que indudablemente no asegura el descubrimiento de las causas y vinculaciones profundas de los fenómenos. Se requiere como en todo ámbito científico una verdadera sistematización que no se logra sino a través del rigor metodológico. Extraña que quienes conocen las exigencias de las tareas verdaderamente científicas se contenten con meras aproximaciones, y

⁵ *Cfr., Ibid., p. 70.*

se olviden del rigor científico indispensable, y más que en ningún otro aspecto, en materia tan importante como la concerniente a los principios que dan unidad y solidez a las propias investigaciones.

Mucho más podría decirse de esta relación entre la filosofía y la educación, tan importante en sí misma que ha dado origen a una disciplina que es precisamente la filosofía de la educación. Pero sólo nos referiremos a otro aspecto capital, al que se alude al afirmar que toda doctrina pedagógica traduce además de una concepción de la existencia, un pensamiento político. Mientras la acción moral, dice Hubert, es “una acción sobre sí y para sí”, la acción pedagógica es esencialmente “acción sobre el otro y para el otro”.⁶ Y toda acción sobre el otro posee un carácter político. Así, el apoyo que la filosofía otorga a la educación tiene, de necesidad, un sentido político en la medida misma en que desde Platón hasta Makarenko, pasando por Fichte, la filosofía de la educación estudia las relaciones de la educación con la sociedad, el Estado y el Poder, en un momento dado de la historia.⁷

Ahora bien si el hombre y la sociedad se encuentran efectivamente en el corazón de toda reflexión filosófica sobre la educación, habría que insistir en que se trata sin duda alguna, mucho menos del hombre y de la sociedad de hoy, que del hombre y de la sociedad de mañana. Berger afirma: “Toda educación, consciente o inconsciente, se siente y se quiere anticipación y prospectiva. Apunta menos a conservar modelos superados que a desarrollar los posibles y a liberar”.⁸

Educar al niño y al joven es prepararlo para que pueda adaptarse a las condiciones de la existencia que hoy nos son desconocidas y por muchos conceptos imprevisibles. Esa búsqueda de universalidad, latente en toda filosofía de la educación, se ve hasta cierto punto limitada por la realidad de la dinámica social.

Todas las sociedades se encuentran en constante transformación. Y así la filosofía misma se ve presionada a tomar en consideración, tanto el desarrollo del individuo como la evolución de la sociedad, lo que de ninguna manera invalida la necesidad de su concurso.

⁶ Rene Hubert, *op cit.*

⁷ Paul Dovero y Ferd: “Guide de l’étudiant” en *Sciences Pédagogiques*, París, Ed. PUF, 1972.

⁸ Cfr. Paul Dovero y Ferd, “Guide de l’étudiant” en *Sciences Pédagogiques*, (París: PUF, 1972).

Bibliografía

- Berger, Gaston, *L'homme moderne et son éducation*, 2ª. ed. París: PUF, 1967.
- Dovero, Fernand y Paul, Juil, "Guide de l'étudiant" en *Sciences Pédagogiques*, París: PUF, 1972.
- García Hoz, Victor, *Principios de Pedagogía sistemática*, 7ª. Madrid: Rialp, 1960.
- Hubert, Rene, *Tratado de Pedagogía General*, 6ª. ed., trad. Juana Castro, Buenos Aires: Librería El Ateneo, 1970.
- Leif, Joseph, *Inspirations et tendances nouvelles de l'éducation*, París: Ed. Delagrave, 1967.